

dad entonces. Percibía don Jacinto los temas de actualidad con olfato de buen periodista –que también lo era aunque esta faceta es hoy prácticamente ignorada– y realizaba desde los escenarios verdaderas escenas o reportajes costumbristas. En algún caso remontándose a modelos más generales y ambiciosos como en *La noche del sábado*, «novela escénica en cinco cuadros», que es uno de los productos más genuinos de la aproximación de las formas teatrales a las novelescas en aquellos años.

En definitiva, este volumen permite acceder sin prejuicios a una parte representativa de su primer teatro, el que corresponde a sus quince primeros años como dramaturgo. Ninguno de los jóvenes del 98 suscitó entonces tantos elogios y adhesiones como Benavente. Otro asunto bien diferente fue su evolución posterior, sobre todo a partir de los años diez, lo que no quiere decir que no continuara jalonando su trayectoria con piezas imprescindibles como *Los intereses creados*, de prodigiosa teatralidad, hoy tan denostada como desconocida por quienes cultivan el actualismo y en consecuencia son incapaces de interesarse por lo que aconteció ayer. Y esta es parte de la explicación, como digo, de que el dramaturgo español más representado del siglo xx, apenas cuente hoy con bibliografía crítica que merezca tal nombre.

Jesús Rubio Jiménez
Universidad de Zaragoza

IGLESIAS ZOIDO, Juan Carlos, ed. *Retórica e historiografía: el discurso militar en la historiografía desde la Antigüedad hasta el Renacimiento*. Madrid: Ediciones Clásicas, 2008. 568 pp. (ISBN 978-84-7723-771-6)

Esta monografía colectiva busca, principalmente, difundir los resultados obtenidos por el Grupo de Investigación “Arenga” de la Universidad de Extremadura que, desde el año 2003, y financiado por el Ministerio de Educación, trabaja en el Proyecto: “El discurso militar en la historiografía desde la Antigüedad hasta el Renacimiento.” Utilizando como marco teórico las relaciones entre historiografía y retórica, el grupo ha centrado su labor investigadora en el estudio pormenorizado de la arenga militar historiográfica en un abanico de textos que abarcan desde la época clásica hasta los siglos renacentistas. A partir de un acercamiento interdisciplinar, el equipo ha centrado sus esfuerzos en determinar la tipología y función de este tipo de discursos, su evolución dentro de los límites cronológicos ya mencionados, de qué manera se adapta ideológicamente a cada momento histórico y su influencia en otros géneros literarios. Pero, como su título indica, este volumen no recoge tan sólo ensayos centrados únicamente en el estudio de la arenga propiamente dicha, sino que también reúne también excelentes aportaciones que analizan distintos aspectos de las relaciones entre historiografía y retórica para el mismo periodo. En total, participan un total de dieciséis investigadores, cuatro de ellos procedentes de otras universidades, y sus artículos aparecen agrupados en tres secciones: la primera, titulada “Retórica e historiografía: la arenga militar,” funciona a modo de introduc-

ción general; en una segunda parte, “Retórica e historiografía”, se explora la interdependencia de historiografía y retórica; y finalmente, un tercer apartado “El discurso militar en la historiografía,” se vuelca de forma específica en el estudio de la arenga militar. La bibliografía secundaria aparece al final del volumen, mientras la primaria se introduce después de cada ensayo. Particularmente valioso es el apéndice en forma de cuadro que reúne el *corpus* de todas las arengas greco-latinas que cuatro de los componentes del grupo (Carmona Centeno, Harto Trujillo, Iglesias Zoido y Villalba Álvarez) han conseguido localizar, y que estoy segura podrá ser utilizado como punto de partida para futuras investigaciones.

De gran interés es el largo ensayo introductorio del editor del volumen, Juan Carlos Iglesias Zoido. Además de reivindicar la necesidad de profundizar en el estudio de este tipo de discurso, hasta ahora muy marginalizado por los especialistas, se posiciona a sí mismo y a todos los autores que participan en la monografía entre aquellos estudiosos que, desde la segunda mitad del siglo xx y a partir de la difusión de las teorías de H. White, analizan las arengas como textos literarios elaborados por el historiador según la preceptiva retórica vigente en el momento de su composición, y en ningún caso como reproducción fiel de discursos realmente pronunciados por los protagonistas de la historia. Por otro lado, desarrolla un minucioso estado de la cuestión que se centra, sobre todo, en la polémica que suscitó la publicación de las tesis de M. H. Hansen (1993 y 1998), quien, teniendo en cuenta las circunstancias materiales en las que los altos mandos se dirigían a sus tropas antes de una batalla, estableció una diferencia entre las arengas reales, breves palabras de ánimo dirigidas a pequeños grupos de soldados o a los mandos intermedios para que las difundieran entre sus tropas, y las arengas literarias, que no son más que una reelaboración retórica de esas breves alocuciones. Estos argumentos fueron duramente contestados por C. Ehrhardt (1995), M. Clark (1995) y W. K. Pritchett (1994 y 2002), defensores todos ellos de la historicidad de las arengas historiográficas. Iglesias Zoido dedica también gran parte del artículo a subrayar el papel jugado por la tradición retórica y literaria en la configuración de un género cuya difusión está íntimamente relacionada con la imitación de los modelos clásicos, recalcando el protagonismo de Tucídides, quien innovó el modelo homérico de arenga combinándolo con recursos oratorios de diversas procedencias. Pero Iglesias Zoido no se limita a resumir para el lector neófito los resultados de las investigaciones hasta ahora realizadas, sino que también abre la puerta a la posibilidad de nuevos estudios al señalar aquellos ámbitos en los que todavía queda mucho por hacer: elaboración de un *corpus* exhaustivo de arengas, realizado para el mundo greco-latino por el Grupo “Arenga”, como ya apuntamos, clasificación metodológica de las mismas, estudio pormenorizado de los engarces etc.

En la segunda parte, titulada, como dijimos, “Retórica e historiografía”, se compilan un total de cinco trabajos que exploran distintos aspectos de la relación entre ambas disciplinas en diversos momentos históricos. Antonio López Eire se centra en el mundo griego para determinar qué tipo de impacto tuvieron en la evolución de la

historiografía los tres paradigmas retóricos que se sucedieron en el tiempo y que él denomina retórica de la oralidad, retórica de Hermes y retórica clasicista, respectivamente. Por su parte, Eustaquio Sánchez Salor defiende que si Cicerón se refirió en *De legibus* a la historia como *opus oratorium maxime* lo hizo pensando fundamentalmente en la finalidad de su contenido, y no en la forma, que no es otra que la característica del estilo medio. En cambio, el contenido de la historia busca la defensa del Estado, al igual que el orador con su discurso político, y también la del individuo, como la oratoria judicial. El historiador participa directamente en la acción política, y en este sentido es que puede clasificarse la historia como *opus oratorium maxime*. Roberto Nicolai también estudia el mundo greco-latino y reflexiona sobre cómo empleaban los estudiantes de retórica de la Antigüedad la historiografía. Según sus conclusiones, sólo los estudiantes de la época helenística, empujados a documentarse concienzudamente, leyeron en profundidad las obras historiográficas. En cambio, en la edad de los oradores áticos (s. IV a.C.) se limitaron a extraer ejemplos históricos de otras fuentes, sin preocuparse por la exactitud, al igual que ocurrió en el mundo romano, en el que la brillantez estilística prevalecería sobre los contenidos, liberándose a los estudiantes de la obligación de informarse adecuadamente.

Dentro del ámbito renacentista, Luis Merino Jerez analiza las teorías historiográficas del gran humanista Jorge de Trebisonda tal y como aparecen expuestas en los libros I y V de su *Rhetoricorum libri quinque* (1433 o 1434) para completar y, en ocasiones disenter de los ya dicho por J. Monfasani (1976, 1983 y 1984), N. G. Wilson (1992), J. C. Classen (1993), Gregorio Hinojo (2000) y Estrella Guerra (1993). Señala la importancia del texto, pues se trata del primer capítulo monográfico dedicado a la historia que se incluye en un manual de retórica; expone los puntos de contacto existentes con las teorías de Cicerón y de Hermógenes, y enfatiza la necesidad de leer estos capítulos relacionándolos siempre con el contenido del resto de la obra para evitar interpretarlos erróneamente.

Excelente labor de síntesis la que lleva a cabo Victoria Pineda en “La arenga en los tratados historiográficos de la alta edad moderna.” Con el objetivo de delinear la evolución de la teoría de la arenga en la tratadística historiográfica de los siglos XVI y XVII, Pineda revisa la preceptiva que sobre esta cuestión desarrollaron los principales teóricos europeos de la época, dando muestras de un profundo conocimiento de las principales corrientes historiográficas de la Europa altomoderna. Esta revisión le permite constatar que lo postulado por cada historiógrafo con respecto al tema de los discursos intercalados y, entre ellos, la arenga militar, va a depender siempre de cómo entienda el posicionamiento de la historia con respecto a otras disciplinas, particularmente la retórica y la poesía. De manera que la preceptiva que regula la elaboración de este tipo de discurso aparecerá en aquellos tratados que, siguiendo las tesis de Cicerón, conciben la historia como un *ars* vinculado a la retórica, desapejándose de aquellos otros con una orientación no retórica. De hecho, el rechazo definitivo de la utilización de los discursos intercalados no se produce hasta fines del

xvii cuando, agotada la vía retórica, empiece a buscarse un nuevo método historiográfico basado en la búsqueda de la verdad.

Son once los ensayos recopilados en la tercera y última parte de la monografía, “El discurso militar en la historiografía”, en la que se combinan algunos trabajos de conjunto, como los de María Luisa Harto Trujillo y César Chaparro Gómez, que estudian la arenga militar en la historiografía latina y en la cronística castellana, respectivamente, con otros artículos en los que se analizan autores, ejemplos o aspectos concretos del uso de la arenga, intentando desvelar siempre de qué forma se va modificando la tradición recibida. De los dos trabajos panorámicos, el de Harto Trujillo resultará muy útil para todos aquellos interesados en la historiografía latina, ya que, además de delimitar el *corpus* y establecer una clasificación, enumera los objetivos que se pretendían alcanzar con la utilización de estas alocuciones y sintetiza los tópicos más repetidos en el corpus por ella revisado. En cuanto al estudio de Chaparro Gómez, su importancia radica en que, en primer lugar, viene a llenar una laguna importante dentro del ámbito de los estudios de la historiografía medieval, dada la inexistencia de un estudio de síntesis sobre el tema de las arengas en las crónicas medievales españolas, ignoradas incluso en el estudio paradigmático de John R. E. Bliese sobre la arenga historiográfica medieval. Pero, además, Chaparro Gómez propone estudiar este tipo de discurso relacionándolo siempre con el contexto narrativo e ideológico en el que se produce, ejemplificando su propuesta mediante un análisis de las arengas pronunciadas en la Batalla del Salado (1340) tal y como se reproducen en la Gran Crónica de Alfonso XI. Por último, aplaudo la inclusión de un apéndice documental en el que se incluyen una serie de arengas extraídas de las crónicas estudiadas para ilustrar sus conclusiones, de gran interés para futuros investigadores.

Pasando ya a los estudios particulares, Juan Carlos Iglesias Zoido profundiza en un tema que ya esbozó en la sección introductoria de la primera parte: la contribución de Tucídides a la formación de la arenga como variedad discursiva historiográfica. Explica Iglesias Zoido que, en su afán por crear un discurso militar exhortativo que interactuara con la narración en vez de estar subordinado a ella, como ocurría en la épica homérica, Tucídides reelabora el modelo difundido por Homero mediante la utilización de diversos recursos de los ofrecidos por la retórica y la oratoria de finales del siglo V a.C. En este sentido, tuvieron un especial protagonismo la oratoria asamblearia de tipo militar y los epitafios. Del mismo modo, Isabel Ferrero Moreno, en “La arenga de Marco Claudio Marcelo en Canusio (TL 27.13)”, estudia y analiza esta arenga de Tito Livio para mostrar cómo el gran historiador romano se sirve de los recursos heredados de la tradición para innovar reelaborándolos. Minerva Alganza Roldán utiliza los capítulos del libro XI de la *Biblioteca histórica* de Diodoro de Sicilia, dedicados a la narración de la batalla de las Termópilas, para reflexionar sobre la transformación del relato de batallas en un subgénero historiográfico que se va formalizando según los parámetros de la preceptiva retórica. De la función propagandística de la historiografía romana nos habla David Carmona

Centeno, quien revisa las historias de Roma escritas tanto en latín como en griego para rastrear la evolución de la llamada “escena del estandarte,” en la que era frecuente la inserción de breves arengas. Carmona Centeno comprueba que esta escena era utilizada sistemáticamente como marco para presentar *exempla* o modelos de conducta que emular o rechazar, y constata que, en ocasiones, los historiadores sacrificaban la verosimilitud y lo regulado por la preceptiva militar del momento a las exigencias del propósito propagandístico y moralizante de sus obras. Dentro del marco de las relaciones entre historiografía y épica en el mundo antiguo, Joaquín Villalba Álvarez compara el uso que del discurso militar exhortativo hacen Silio Itálico en la épica y Tito Livio en la historia a propósito de un mismo acontecimiento histórico: la Segunda Guerra Púnica. En el último artículo dedicado al mundo clásico, Gómez Santa Cruz realiza un estudio interdisciplinario en el que relaciona la representación iconográfica de arengas en monedas y relieves conmemorativos con otras versiones literarias e historiográficas, y reflexiona sobre la capacidad propagandística de lo visual para exaltar la imagen del emperador como líder militar indiscutible.

En el ámbito de la Edad Media, Francisco García Fitz examina el caso concreto de la historiografía de las Cruzadas para subrayar que la arenga historiográfica no era tan sólo un rutinario ejercicio de retórica, sino que actuaba también como vehículo transmisor de determinados presupuestos ideológicos, en este caso aquellos que justificaban la guerra de cristianos contra musulmanes para la recuperación de los Santos Lugares. Comprueba, además, que muchos de los contenidos específicos de este *corpus* de arengas coinciden con los usados por historiadores islámicos en aquellas alocuciones destinadas a promover la guerra santa. Por su parte, Grande Quejigo se sumerge en el mundo de los discursos intercalados en un texto medieval español, el *Libro de Alexandre*, cuyo autor los construye reelaborando creativamente materiales entresacados de otras fuentes, y se sirve de ellos para proponer un modelo de monarquía que se adecue a la Castilla del XIII y para ofrecer al rey y a los nobles modelos retóricos que emular en sus alocuciones cortesanas. El único caso particular que ilustra las características de los discursos intercalados en la historiografía renacentista es el artículo de López Moreda, quien reflexiona sobre el papel de los discursos pronunciados por los cinco nobles que debaten la cuestión sucesoria en la *Historia de Fernando de Aragón* de Lorenzo Valla, en los que, por ser utilizados para debatir una causa *dubia*, se entremezclan elementos deliberativos y epidícticos.

Debemos felicitar, por tanto, a todo el equipo que ha hecho posible la publicación de esta rica monografía. En primer lugar, porque la calidad y variedad de los trabajos recopilados lograrán atraer la atención de todos aquellos interesados en las relaciones entre historiografía y retórica hacia un campo de estudio hasta ahora poco explorado, la arenga militar. El volumen, al poner de manifiesto aquellos rasgos literarios, retóricos e ideológicos que singularizan las distintas etapas evolutivas de estas alocuciones militares ficticias, muestra de forma convincente que no se trata de una modalidad discursiva repetitiva y estereotipada, y que, por lo tanto, merece

la pena rescatarla de su marginalización y seguir explorando las enormes posibilidades que ofrece su estudio, principalmente si se realiza desde un punto de vista interdisciplinar y teniendo en cuenta sus relaciones con las alocuciones que se insertan en otros géneros literarios.

Pero es que, además, los autores de los dieciséis artículos reunidos en este libro, lejos de limitarse a ofrecer una visión de conjunto del estado de la cuestión de lo ya hecho, nos regalan valiosísimas aportaciones que hacen avanzar de forma decisiva las investigaciones hasta ahora realizadas. Así, debemos agradecer a Juan Carlos Iglesias Zoido el haber dilucidado el proceso mediante el cual Tucídides creó el arquetipo de la arenga historiográfica mediante una hábil combinación de elementos oratorios procedentes de las arengas ya existentes en la tradición literaria (Homero y tragedia) con otros procedentes de los epitafios y discursos deliberativos; a Victoria Pineda por haber rastreado por primera vez la evolución de la teoría de la arenga en las principales artes historiográficas europeas de los siglos XVI y XVII, y a César Charro Gómez, que se adentra en el mundo de las arengas militares más representativas de la crónica medieval española, hasta ahora ignoradas por los especialistas europeos y españoles. Tampoco debemos olvidar la contribución de todos aquellos trabajos que, al centrarse en casos particulares de distintas épocas históricas, ponen de relieve la importancia de seguir desarrollando este tipo de estudio para poder profundizar en nuestro conocimiento del proceso evolutivo de esta modalidad discursiva. De gran valor para los interesados en la historiografía latina resultará la visión de conjunto que sobre ese ámbito realiza María Luisa Harto Trujillo. Y celebramos que Carmona Centeno, Harto Trujillo, Iglesias Zoido y Villalba Álvarez hayan llegado a completar el hasta ahora mal conocido *corpus* de las arengas historiográficas greco-latinas. Muy sugerentes son también aquellos trabajos que amplían nuestro conocimiento sobre otros aspectos de las relaciones entre retórica e historiografía, aunque, en ocasiones, su contenido se encuentre muy desvinculado del tema que le da unidad al volumen, la arenga militar.

Qué duda cabe que la aparición de libros de la calidad de éste que acabamos de reseñar debería estimular la financiación de nuevos proyectos de investigación en el mundo universitario español por parte de las administraciones competentes.

Carmen Saen de Casas
Lehman College (CUNY), Nueva York. EE. UU.

RODRÍGUEZ PÉREZ, Yolanda. *The Dutch Revolt through Spanish Eyes: Self and Other in Historical and Literary Texts of Golden Age Spain (c. 1548-1673)*. Oxford: Peter Lang, 2008. 346 pp. (ISBN: 978-3-03911-136-7).

La Guerra de Flandes (1568-1648) fue un momento esencial en la historia de la cultura española, particularmente porque la propaganda de las provincias rebeldes y de sus aliados contribuyó eficazmente a formar una imagen negativa de los españoles